

CUERPO Y LUGAR EN EL PROVINCIANISMO DE CLAUDIO RODRÍGUEZ*

Ching Yu Lin
Universidad Católica Fu Jen

Mamá, no vuelvas a ocultarme la tierra
Ésta es mi condición.
Y mi esperanza.

Antonio GAMONEDA

RESUMEN

Claudio Rodríguez, poeta zamorano de la promoción de los años 50, compone sus versos mientras camina por los pueblos castellanos de España. Su temperamento humilde y diligente también se refleja en el pensamiento poético del provincianismo, que proporciona el conocimiento sublime acerca del ser y la tierra. Indagaremos en la concepción del lugar aplicada por Claudio Rodríguez en su poética a la hora de enfrentarse a los fenómenos actuales del urbanismo y la glocalización. Partiendo de una mirada contemplativa del campo y de la zona rural, se produce una suerte de elogio utópico a la ciudad Zamora, esbozada con su cuerpo errante y alma elevada. Por consiguiente, los versos claudianos encierran un espíritu protector del espacio del que se sirve el poeta para defender los valores de la cultura primigenia.

PALABRAS CLAVE: Claudio Rodríguez, Zamora, provincianismo, cuerpo, lugar.

ABSTRACT

Claudio Rodríguez, a Spanish poet featured in the promotion of the 50s, composed his verses walking on foot through the Castilian villages of Spain. His humble and diligent temperament also reflects on the poetic thought of provincialism, which provides the most sublime knowledge about the Being and the land. This study issues the concept of place applied by Claudio Rodríguez in order to face the current phenomena of urbanism and glocalisation. Based on certain contemplative scenes of the countryside and rural areas, a sort of utopian praise is produced on the city of Zamora outlined with his body and soul. Therefore, the Claudian verses enclose the protective spirit of the place that the poet obtains firmly to defend the values of primitive culture.

Key words: Claudio Rodríguez, Zamora, provincialism, body, place.

En la poesía española de los años cincuenta y sesenta, surgió un enfrentamiento iniciado por la Escuela de Barcelona en contra del ámbito poético madrileño. No cabe duda de que ambos círculos se ven diferenciados por el origen geográfico. Para



los poetas del ámbito madrileño, la poesía podría ser entendida como una forma de comunicación de acuerdo con la *Teoría de la expresión poética* de Carlos Bousoño. Asimismo, otra experiencia poética, producida por el deseo cognoscitivo, como la del conocimiento, interviene en la interpretación del sentido de la escritura lírica de esa época. El círculo cultural catalán, en su línea cosmopolita, argumenta que la poesía castellana carece de sentido y proyección internacional. De este modo, el llamado provincianismo aparece como otro nombre usado para delimitar distinciones ideológicas y artísticas de ambos círculos poéticos.

En lo que concierne al provincianismo que se les atribuye a los poetas provincianos, así como Antonio Gamoneda, José Ángel Valente, Claudio Rodríguez y otros, hemos de entender el concepto del lugar, a través del que los poetas recitan versos anecdóticos, al mismo tiempo que establecen su intimidad con el mundo. ¿Acaso el provincianismo se refiere simplemente al afecto nostálgico que uno siente hacia su propia tierra natal? Además, cabe preguntarse de qué manera los «poetas del campo» presentan una epifanía en la que se observa, más allá de la naturaleza contemplada o la corporalidad espiritualizada dentro de lo «local», una terminología esencial con la que se puede profundizar en el estudio de la obra poética. Sin duda alguna, la poesía de Claudio Rodríguez sería paradigmática, puesto que representa de manera notable el provincianismo poético. Este, ajeno al horizonte limitado del lugar, viene a ampliar la visibilidad del espacio hacia lo universal y hacia una dimensión omnipresente y liberal en la que el poeta canta sus palabras al lugar. Así, me propongo analizar sus versos en relación con dos temas fundamentales: el cuerpo y el lugar, los cuales configuran la idiosincrasia del provincianismo poético, considerada por el círculo catalán como un género menor por carecer de elementos internacionales.

Existe, en efecto, una mitología desmitificada y accesible en el provincianismo poético de Claudio Rodríguez. El objetivo principal de este estudio reside en desentrañar el significado que lo local adquiere en la escritura de nuestro poeta. Además, nos intriga conocer en qué sentido el cuerpo se ve integrado en la noción de «glocalización», término adecuado para interpretar su pensamiento ideológico. ¿De qué manera se ilustra el «cuerpo voluntario» dentro del lugar? Estas cuestiones pretenden ayudar a comprender la poesía claudiana, y especialmente, el concepto de lo local, tan particular como universal.

1. HACIA EL CONCEPTO DE LUGAR

Claudio Rodríguez menciona en más de una ocasión su hábito de caminar por toda la ciudad. Estas caminatas también enriquecen su escritura puesto que simbólicamente nos dan a conocer la aspiración a avanzar continuamente hacia lo más puro, lo más sencillo y lo más sublime, como se manifiesta en *Don de la ebridad*: «Siempre la claridad viene del cielo» (Rodríguez 2009: 13). Siendo el *flâneur*

* La autora agradece el respaldo financiero brindado por el Consejo Nacional de Ciencias de Taiwán a través del proyecto NSC 100-2410-H-030-069-.

castellano, anda por una ciudad con el mismo entusiasmo que el de Unamuno, autor de *Andanzas y visiones españolas*. A pesar de recorrer un espacio limitado, Claudio Rodríguez insiste en andar a ritmo pausado por las ciudades castellanas para lograr un conocimiento más profundo acerca de su tierra y hogar. Y es precisamente este acto el que corresponde a la manifestación unamuniana: «No corro cuando puedo ir al paso, a pie, y enterándome del camino» (Unamuno 88). La aspiración a contemplar el camino sin apresurarse simboliza al mismo tiempo el deseo de subir, elevarse, de aproximarse al lugar utópico que el poeta no puede encontrar sino mediante el movimiento perpetuo del cuerpo.

Ahora bien, es necesario aclarar en qué consiste el concepto del lugar claudiano. De entrada, se ha de mencionar la denominación de «campo», aplicada por el poeta a los campos de diversas regiones de España, sobre todo, de Castilla. En realidad, se divide en dos categorías, una es el entorno rural con que se perfila un paisaje campesino; la otra, lo provinciano, que se refiere al elemento característico de pequeñas capitales de provincia. Por lo que atañe a la primera, el poeta sostiene que el nacimiento de su obra poética se inspira en el carácter campesino, como la poesía de la naturaleza mencionada por los tratadistas del siglo XVIII (Cañas 27). Desde la perspectiva poética dieciochesca, se destaca el tópico de la «enargía», que en griego significa la evidencia y la claridad, a la búsqueda de imágenes y descripciones vivas, simples y naturales que se manifiestan en objetos, acciones, costumbres y pasiones (Luzán 249). Evidentemente, el pensamiento poético con el que Claudio Rodríguez describe varias escenas campestres coincide con el de los poetas del siglo XVIII. En cuanto a la segunda categoría de lo provinciano, podría ser interpretada como *rus in urbe* en el sentido del *hábitat* humano, en vez de en el sentido del escenario arquitectónico (Rodríguez de la Flor 88)². No se puede negar el hecho de que la cultura cosmopolita se va expandiendo hacia la rural con propósitos lucrativos. Ese «*hábitat* humano mayoritario» de la urbanidad se sobrepone al minoritario del campo, infiltrándose en él y ejerciendo su influencia sobre él.

Sería más pertinente adoptar la terminología de lugar que la de espacio, puesto que esta se construye en términos más funcionales que líricos, mientras aquella se establece en sentido antropológico (Augé 86-87)³. En otras palabras, el lugar es donde uno excava los tesoros de la humanidad, prestando más atención a las palabras enigmáticas proferidas por el alma del lugar que a la indicación explícita. Buena prueba de ello es

² En su valioso estudio crítico sobre la poética de la provincia de Claudio Rodríguez, señala que en *rus in urbe* se realiza una paradoja de que el campo se vive desde la ciudad de provincias.

³ En su excelente obra titulada *Los no-lugares*, Marc Augé indica que el espacio se ve designado en el lenguaje ya estereotipado de las instituciones de viaje, como por ejemplo, «espacio de ocio» y «espacio de juego». Entre el espacio y el viajero se atisba una relación ficticia en que el individuo se siente como espectador sin que la naturaleza le importe verdaderamente. En suma, «el espacio del viajero sería así el arquetipo del no lugar» (Augé 91). A nuestro entender, la noción de espacio se desarrolla en forma sistemática en aras de conseguir la eficacia y la especificación. El lugar, por el contrario, encierra en sí mismo los espectáculos contemplados por el pasajero, que se encuentra inmerso en busca de lo entrañable y lo correlativo. Por ello, se podrían iniciar algunos discursos relevantes a través del trayecto, así como los genealógicos, arqueológicos y escenográficos.



el recorrido descrito en el poema de Claudio Rodríguez, «Calle sin nombre»: «Oigo la claridad nocturna y la astucia del viento / como sediento y fugitivo siempre. Pero, ¿dónde está, dónde / ese nido secreto de alas amanecidas / de golondrinas?» (Rodríguez 2009: 303). En el poema, la calle por la que pasa el sujeto poético también lo dirige a un lugar íntimo, a la par que lo incita a buscar el origen de una felicidad teñida de nostalgia. El lugar, en definitiva, es el mundo particular y universal del poeta.

A continuación, otras denominaciones vienen a explicitar la noción de lugar, así como las del campo, lo local y lo provinciano, oponiéndose a las de la ciudad. La ciudad encierra una mitología sobre la globalización, considerada como homogeneidad y universalidad. Según el estudio sociológico de Roland Robertson, la globalidad y la localidad son relativas. Una comunidad rural es local en relación a una determinada región de sociedad, en tanto que otra sociedad puede ser tenida por local en relación a un área civilizadora (Robertson 270). Y esto responde al dictamen unamuniano: «Todo pedazo de espacio es infinito dentro de sí» (Unamuno 88). Así, dada la complejidad para definir un territorio, bien sea mayor o menor, finalmente en nuestra modernidad se hace borrosa la frontera entre lo local y lo global, que acaba convirtiéndose en el constructo denominado «glocalización», usado estratégicamente en el actual mercado comercial y consumista a partir de los años ochenta.

En este sentido es relevante formular la siguiente pregunta con respecto a la escritura poética de Claudio Rodríguez, ¿de qué manera se desarrolla la noción de lugar de la que la glocalización forma parte actualmente? A medida que se va extendiendo la globalidad, el espacio, despojado de su heterogeneidad, pasa a adoptar esa tendencia universalista. Ante el umbral de la homogeneidad, lo local ya no es lo específico en el mundo, sino más bien un lugar donde «brilla la presencia del universo entero» (Prieto de Paula 52)⁴.

Añádase a lo anterior el que el proceso sobrehistórico o psichistórico rige este fenómeno. En la ciudad el hombre civilizado se ve obligado a aguantar tantas fatigas, una de ellas es la de sondear la historia (Zambrano 201), con la finalidad de crear otra historia del porvenir mejor que la pasada. No obstante, la ciudad no solo sirve para contar la historia, sería un lugar en el que uno se mira a sí mismo, consciente de algo inmutable subyacente a la misma escena, pese al movimiento incesante del mundo entero. Obsérvese la manifestación del poeta en «Zamora, ciudad sin años» (1960). El ensayo comienza con cuatro versos: «Cruz de mayo / Campo y cántico / Hacia la vieja infancia / de la ciudad sin años» (Rodríguez 2011: 87). En el poema la denominación de «campo» vuelve a aparecer, junto a la de la ciudad. El campo claudiano conlleva esencialmente el significado de la «casa», repleta de las memorias remotas de la infancia y de la adolescencia. Se nos permite llevar la ciudad al campo y traer el campo a la ciudad, como lo expresó Unamuno: «cuando una casa ha abrigado

⁴ Prieto de Paula hace hincapié en la importancia del «reducido mundo pastoril moderno» de Claudio Rodríguez, destacando que la naturaleza caracterizada en su composición lírica no es una faceta del mundo; es el mundo. Pese a la «poesía de la naturaleza» clasificada en el género estético claudiano, más allá de la escenografía ruralista del costumbrismo, el terruño provinciano trae consigo una alabanza interna con la que el poeta alcanza la verdad, otra forma de identificación afirmada respecto al mundo.

generaciones de hombres acaba por hacerse algo campestre» (Unamuno 33). Esto equivale a decir que la ciudad de Claudio Rodríguez, llena de serenidad, nobleza y fertilidad, es precisamente la que simboliza lo campestre.

En el ensayo de «Zamora, ciudad sin años», después del poema mencionado, Claudio Rodríguez incide sobre el tema en este término: «Esta piedra no es muda» (Rodríguez 2011: 87). La piedra cuenta todo lo ocurrido sin traicionar a su alma honesta, por lo que una verdadera ciudad se construye con las «piedras blancas», que viene a «dejar el fondo sin légamo»⁵ (Zambrano 200). Es como un espejo que no puede ser silencioso, acompañando al poeta andariego en su caminar por el terruño. Además, el material de piedra, utilizado en la construcción arquitectónica, aumenta tanto la sensibilidad hacia el entorno y la tierra como la laboriosidad de los habitantes, que construyen las casas y se encuentran en una experiencia corporal realizada de acuerdo con las experiencias espaciales⁶.

Es necesario precisar lo que significa el lugar en el que emerge el «don de la ebriedad». Este, lejos del sistema jerárquico y de criterios funcionales, se centra en una afirmación expresiva ante todo lo que incurre en la hostilidad generada por el poder antagonico existencial. Diríamos que el lugar conceptualizado por nuestro poeta zamorano no es lo que le influye para tomar cierta postura u horizonte con respecto a la formulación del paisaje. Más bien, es la filosofía de la fiesta la que invita a superar categorías, como lo subraya el poeta: «nada está arriba ni abajo, todo nos pide igualdades o aproximadas interpretaciones hacia un punto central común, que manifiesta su secreta existencia mediante la realización armónica con él» (Rodríguez 1963: 7).

A esto hay que añadir la teoría de la fiesta que propone Josef Peiper, filósofo alemán, para explicar esta cuestión. Lo festivo consiste en una forma básica del culto cristiano, «la realización de un asentimiento expresado, como alabanza, glorificación, acción de gracias referido a toda realidad y a toda existencia» (Peiper 49). Por consiguiente, la fiesta se basa en reconocerla como tal y, seguidamente, en la alegría que se le concede a uno, convencido de que «todo lo que existe es bueno y es bueno que

⁵ Recordemos que en el poema titulado «La calle sin nombre», en *Casi una leyenda* (1991), Claudio Rodríguez sugiere que el paso que dejamos por la calle debería ser tan decisivo y limpio como el agua: «La calle se está alzando. ¿Y quién la pisa? / Hay que dejar que el paso, como el agua, / se desnude y se lave» (RODRÍGUEZ 2008: 304). Dicho argumento responde al símbolo de la piedra blanca del que se vale en el ensayo de María Zambrano.

⁶ Merece citar la obra más representativa de Richard SENNET, *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. El autor sostiene que «las relaciones espaciales de los cuerpos humanos determinan en buena medida la manera en que las personas reaccionan unas respecto a otras, la forma en que se ven y escuchan, en si se tocan o están distantes» (SENNET 19). A lo largo de la historia de ciudades, desde la antigua Atenas hasta la moderna Nueva York, se puede observar el individualismo fortalecido por la hegemonía metropolitana en el que todo lo multicultural y lo particular se ven sometidos a las pretensiones individualistas. El espacio urbano contrarresta la acción de recorrer del cuerpo humano, disminuyendo la capacidad de experimentación interna. Por ello, surge el fenómeno invertido en que se requiere la gran velocidad con la que uno se mueve desde un espacio urbano. «Ahora las personas se trasladan con rapidez, especialmente hacia estos territorios periféricos, y dentro de los mismos, cuyos fragmentos sólo comunican por automóviles» (388-389).



exista» (Peiper 36). Con esta afirmación, Claudio Rodríguez va marcando el lugar donde mezcla la inmanencia y la evolución sin prejuicio. En su poesía inventa la arcadia en la que se pronuncian las palabras «claras» con lucidez. Y en esto coincide la manifestación de la utopía junto a la ucronía en que el poeta contribuye a algo que no podemos encontrar más que increíble, la epifanía de las cosas aparecidas en lo circunstancial (Pardo 65). Por lo tanto, el canto al espacio ya no sirve de defensa contra el poder urbano, sino más bien para revelar el lugar universal, purificado y reconocido, que no es sino la realidad actual.

Consciente de que estamos ante una urbanidad potencial, desde un cierto lugar periférico el poeta llega a observar todo lo visible. Lo anuncia el poema «Voz sin pérdida», incluido en *El vuelo de la celebración*:

Su oscuridad, su vuelo
a ras de tierra, como el del vencejo
o a medio aire como el de la alondra,
su ronquera nocturna, y este viento de marzo
entre tu voz, y la ciudad, y el tráfico... (Rodríguez 2009: 284)

Combinando las características urbanas y las campesinas o naturales, se percibe cierta aglomeración escenográfica sin que una preceda a la otra. El poeta no se encuentra sometido al antagonismo sistemático entre ambos espacios. Diríamos que su voz siempre se matiza con el quiasmo en el que el sentido de la visión se une con el sentido de lo visible. El ser cuenta constantemente cualquier visión en la que se ve a sí mismo sin recurrir a la hostilidad. En este sentido, la noción del quiasmo que señala Mario Ramírez nos proporciona una mejor comprensión al respecto. El que haya para el sujeto un espectáculo significa que ve desde un cierto lugar (Ramírez 107). En otras palabras, no es sino la cuestión de un reflejo inmanente que proyecta el devenir de la Historia mediante una visibilidad interna de la que el cuerpo forma parte. Por consiguiente, el poeta no realiza ninguna recriminación agresiva, a pesar de que ante sus ojos se está construyendo una ciudad en un medio campesino.

El lugar de Claudio Rodríguez connota una filosofía procedente de la sociología rural. Dentro del espacio campesino se fusionan el mundo ultramoderno y el arcaico con la finalidad de mostrar la tesis de la fiesta de Peiper. Quizá también sea una plataforma en la que lo familiar de la realidad campesina es evidente, pero no por ello mismo es conocido (Lefebvre 61). Partiendo de dicha dialéctica, se le añade al poeta la misión de iluminar el lugar en su corazón, acercándose a lo inmóvil y haciendo visible lo desconocido de una tierra aparentemente conocida.

2. ZAMORA, CIUDAD DEL CUERPO Y ALMA

A lo largo de la lectura de la poesía claudiana, es extremadamente significativo indagar en su estética particular en la descripción emocional de su localidad, Zamora, donde se ubica el *flâneur* castellano que suele versificar andando por el río Duero, por las mesetas, calles, castillos y muros. Zamora, sin ninguna duda, se considera la localidad que produce la supuesta realidad campesina. Cabe pregun-

tarse cómo se presenta la ciudad en sus versos de acuerdo con la noción del lugar mencionada anteriormente. ¿Es simplemente una imagen de la añoranza del propio poeta o también se insinúa la fractura del tiempo a la que él mismo aspira? Aparte de ello, nos intrigan la representación de una provincia tan rebosante de lucidez como ésta y su idiosincrasia, inextricablemente unida a la de Claudio Rodríguez, expresada en su afán por subir hasta la cumbre de nuestra tierra. Leamos los versos en el poema titulado «Incidente en los Jerónimos»: «[...] Y veo / la crestería en luz de la esperanza / arriba, arriba siempre» (Rodríguez 2009: 114). ¿De qué modo se puede interpretar su aspiración a ascender al cielo para contemplar el paisaje provinciano? ¿Acaso Zamora representa una visión elevada y metafísica que permitiría alcanzar el tesoro del conocimiento con el que suele soñar? Son cuestiones esenciales que vamos indagando en este apartado del estudio.

En sus obras, esta ciudad de provincia se caracteriza por ciertos elementos luminosos. En repetidas veces, valiéndose de la luz del amanecer y el crepúsculo, se iluminan los paisajes, ambientados con un tinte de esperanza. En *Don de la ebriedad* (1953), obra poética galardonada con el Premio Adonais, Rodríguez se manifiesta en los siguientes términos:

Si tú la luz te la has llevado toda,
¿cómo voy a esperar nada del alba?
Y, sin embargo —esto es un don—, mi boca
espera, y mi alma espera, y tú me esperas,
ebria persecución, claridad sola (Rodríguez 2009: 13-14)

Se encuentra a la espera de la luz cada vez que pasea por un rincón incógnito del alma, persiguiendo al don de la claridad y de la embriaguez y, a continuación, trayendo el don a la ciudad (Marinas 41). En el momento en que la luz penetra en la ciudad contemplada, el cuerpo errante se ve fusionado con el territorio, de ahí la solidaridad permanente. Lo muestra acertadamente el siguiente pasaje:

Solo la luz aún tierna pasea estas calles que dan al Duero, al campo, calles que son surcos de la patria. Y, mientras sube de esta tierra una gran calma a juntarse con la que baja del cielo, no existe el adiós porque aquí todo es presente; no hay pasado, ni porvenir porque aquí todo es eternidad. (Rodríguez 2011: 88)

La metáfora de «surcos» de la patria referida a las calles de la ciudad cobra un gran sentido por su transición de la individualidad a la colectividad. Esta se va generando al ritmo de aquella, así como los recorridos y los paseos a pie. En su creación poética, Claudio Rodríguez se inspira mayoritariamente en el conocimiento vivo de la geografía y la inmersión, como consecuencia de realizar los tres actos: contemplación, comunicación y participación. El poeta confiesa así: «Conozco regiones de España (sobre todo, Castilla) recorridas a pie. Y me fijo en esta anécdota porque creo, aunque parezca una tontería, que el ritmo del andar ha influido en el ritmo de alguno de mis poemas» (Núñez 4). También añade que la geografía viene a esbozar una suerte de fraternidad palpitante con los pueblos. He aquí un fragmento que lo puede mostrar :



Claro está que no puedo reproducir dichas sensaciones, pero sí aclarar que mis primeros poemas brotaron del contacto directo, vivido, recorrido, con la realidad de mi tierra, con la geografía y con el pulso de la gente castellana, zamorana. (Rodríguez 1990: 14)

Se podría profundizar en la interpretación de ese contacto con la realidad de la tierra, puesto que tanto la geografía castellana como la gente zamorana simbolizan una de las piedras con las que se va construyendo el lugar del alma de Claudio Rodríguez, que entabla un diálogo con la roca que es guiado por sus pasos (Juliá 127). Dicho de manera más concreta, la geografía indicada en sus versos no se limita a una mera ciudad de provincia. Más bien, se alude a una dimensión utópica con la que él mismo acierta a comunicarse. Zamora, la ciudad del alma, representa efectivamente el mundo espiritual de la utopía, en el cual coexisten la hospitalidad y la igualdad.

El término de la utopía, acuñado por Tomás Moro (1478-1535), deriva del griego «*ou*» (no) y «*topos*» (lugar). Así, se define como «no lugar» o «país de ninguna parte», correspondiente a la palabra latina «*nusquam*». Pero, no obstante, dado el prefijo homofónico de «*eu*», también significa un «buen lugar», atribuido a un mundo alternativo que llega a superar los defectos del mundo actual mediante su construcción idealista intelectual⁷. Aparte de ello, la utopía encierra un estado beatífico que todavía no ha llegado, mejor dicho, que es inaplicable e improbable de materializar (Cantarrero Abad 112). Así, no se denomina la utopía si se pretende traducir a la realidad.

Por lo que se refiere a la concepción de la utopía en la poesía claudiana, hemos de aclarar que se basa en una respetuosa historicidad de la que se desprende una «visión panteísta del mundo» (Sevillano Montaña 157). Y es este ángulo el que abarca el requisito fundamental de la contemplación apasionada, al igual que las pasiones humanas destacadas por el pensador filosófico del siglo XVIII Charles Fourier. No obstante, la geografía de un deseo no se debe al fanatismo humano por cierto lugar, sino que más bien proviene del espíritu de unidad con el que se concilian los seres humanos alejándose de cualquier dogmatismo. Por ende, la ciudad castellana, la del alma, se presenta de manera metafísica e ilimitada para dejar constancia de una identidad firme junto al cuerpo ocupado en un llamado espacio rural y en reflexiones microscópicas.

La visión panteísta dentro de la pequeña provincia se caracteriza por una «hierofanía» (Carpio 95), que se define como la manifestación de lo sagrado, que conduce a la Verdad. En la ciudad descrita por Claudio Rodríguez se muestra la epifanía a través de los objetos contemplados por el sujeto poético, sin quedarse atrapado por ellos. Conviene citar unos versos del poema titulado «Ciudad de meseta», recogido en *Alianza y condena* (1965) para explicitar la vinculación entre el espacio santo y la representación corporal. El poema comienza con una referencia

⁷ La utopía consiste en la proposición de un modelo alternativo, de manera que el valor del discurso no estriba en su característica viable o inviable. Sirviéndose del idealismo racionalista, el proyecto ideal pasa a significar una visión opuesta al fenómeno de la sociedad existente, hasta el punto de ser una suerte de predicación en la que las situaciones actuales resultan condenables por yuxtaposición sarcástica.

al motivo por el que se escoge el tema de los lugares familiares de antaño. «Como por estos sitios / tan sano aire no hay pero no vengo / a curarme de nada. / Vengo a saber qué hazaña / vibra en la luz, qué rebelión oscura / nos arrasa hoy la vida» (Rodríguez 2009: 173). Así, se sabe que el yo pasea por esos lugares no para sanar, sino con la intención explícita de recalcar el sentido verdadero del «habitar» a los moradores. ¿En qué consiste el primero? No se refiere al acto de ocupar por parte del ser humano, sino más bien al de construir, al igual que el vivir. Basta con retomar la propuesta que Heidegger nos ha proporcionado desde la perspectiva filosófica. El lugar del hombre no es sino un ámbito configurado tanto por el comportamiento como por la mentalidad del hombre (Heidegger 12). Con esta pretensión ontológica, el verso de «nos arrasa hoy la vida» destaca precisamente nuestra manera disfuncional de habitar sin que lleguemos a enterarnos de sus consecuencias.

El mismo poema continúa con una percepción de los cambios actuales y al mismo tiempo alenta la aceptación de la diversidad.

Aquí ya no hay banderas,
ni murallas, ni torres, como si ahora
pudiera todo resistir el ímpetu
de la tierra, el saqueo
del cielo. Y se nos barre
la vista, es nuestro cuerpo
mercado franco, nuestra luz vivienda
y el amor y los años
puertas para uno y para mil que entrasen. (Rodríguez 2009: 173)

Anteriormente la ciudad se construyó con piedras para defenderse y protegerse de catástrofes, bien sean naturales, bien causadas por el hombre. Hoy en día se deja de modificar la geografía, prueba de una apertura de la comunicación humana, atravesando las fronteras de lugar. Además, partiendo del «mercado franco», como metáfora del cuerpo humano, hospitalario e inmenso, nos vamos adentrando en su visión panteísta. Tal vez sea irónica, pero alusiva, la inserción de uno de los territorios más acertados para representar la modernidad y el urbanismo como es el mercado.

La ciudad provinciana de Zamora, en efecto, no es la que se presenta, ni la que se sitúa en un lugar fijo, sino más bien la que se va ampliando y se va alzando hasta llegar a una atmósfera utópica que incita al poeta a acceder a otro «espacio de pensar». ¿Acaso esta utopía no es la que refleja tanto la crisis del lugar como la «crisis del saber» (Bastons 542)⁸? Claudio Rodríguez pone al descubierto ese punto ciego que sus compatriotas acaban pasando por alto la importancia del «habitat»,

⁸ En su excelente trabajo, Miguel Bastons proporciona ciertas ideas extremadamente significativas y reflexivas acerca de la estrecha vinculación entre el ser humano y la organización espacial. Dado el desarrollo del funcionalismo urbanístico, que da lugar a la apreciación del espacio físico, creemos que la «proximidad», que nos aporta la metrópoli contemporánea, está a nuestro alcance. Paradójicamente, «la ciudad une y, a la vez, separa físicamente» (BASTONS 543), puesto que organizar el espacio físico es lo mismo que establecer limitaciones. Y esto podría devenir en una crisis del acto de habitar.



la espacialidad del hombre y la quintaesencia de un lugar para habitar. El poema indica que la proximidad física parece la última función que queda en el espacio de vivir: «El temor, la defensa, / el interés y la venganza, el odio, / la soledad: he aquí lo que nos hizo / vivir en vecindad, no en compañía» (Rodríguez 2009: 174). El lugar restringido al que se refiere, se puede entender como lugar de dominio, otra forma del espacio de poder en el que «la libertad de uno mismo acaba donde empieza la del otro» (Bastons 547). Y esta consideración se podría extender a la reflexión de la filósofa política alemana Hannah Arendt de que las necesidades privadas terminan de implicarse en la esfera social y pública (Arendt 42), como consecuencia de arrasar lo entrañable de una morada humana. Así, por desgracia, nos volvemos prisioneros de la falsa espacialidad uniforme y represiva.

Vale la pena reflexionar sobre qué es lo que quería representar el poeta mediante el espejismo de lo local provinciano, una esperanza de posibilitar la «total entrega renovada» y «la patria al campo abierto» (Rodríguez 2009: 175). En resumidas cuentas, se puede llegar a la conclusión de que la ciudad de Zamora o cualquier ciudad castellana se presenta como cuerpo, destinado a recorrer todos los territorios con libertad verdadera sin distinción de «planos» derivados de los «planes» interesados, de ahí una «Historia en carne viva» (Rodríguez 2011: 89). También la ciudad de Zamora marca su impronta en el borrador del alma de Claudio Rodríguez donde también se expone el alma humana.

3. ESPÍRITU PROTECTOR DEL ESPACIO

El ansia de libertad que manifiesta Claudio Rodríguez contiene una sacralización humilde. Ajeno a la figura del bohemio, el sujeto poético desempeña un papel de protector por medio de sus discursos corográficos versificados. La versificación se considera como el instrumento más eficaz para conservar las culturas letradas, de las que carecen los pueblos. La imagen libresca acierta a elaborar axiologías en el patrimonio local (Verdesio 378). En líneas generales, se puede sostener que los habitantes del campo no piensan ni articular ninguna palabra dado su aislamiento geográfico. El pensamiento poético de Claudio Rodríguez sería todo lo contrario. Así lo explica: «Mi único anhelo, en realidad, es que mi poesía sea natural (no directa, o realista, o simbólica, etc.), de acuerdo con lo que puedo hacer y con lo que estoy viviendo» (Rodríguez 1963: 91). La naturaleza no se refiere a la carencia del conocimiento ni al vacío de la civilización. Mejor dicho, la idiosincrasia de la naturaleza reside precisamente en el acto de revelar y el de versar sobre el «lugar de la certeza poética»⁹.

⁹ Dionisio Cañas señala que la poesía se pone en «lugar de la certeza poética». ¿En qué consiste la denominada certeza poética? El crítico comenta que «el poema es lo que de algún modo conserva los restos del instante poético como la epifanía, revelación y momento de la verdad» (CAÑAS 1984: 83). En concreto, el lugar del poeta, que no dispone del tiempo, viene a iluminar lo que posiblemente preexista y lo que se prevea. Dentro del lugar se recoge la verdad epifánica, cuya quintaesencia quizá no sea precisa para la mayoría de nosotros, los contempladores actuales.

Una de las características más destacadas de la poética claudiana es que se ratifica con firmeza la misión que va a cumplir a lo largo de su trayectoria creativa. La modestia, junto a su prurito ascensional, configura una postura esencialmente humana mediante la que el poeta zamorano establece un recinto de recogimiento, de manera que repite los siguientes versos en un poema de *Don de la ebriedad*: «Sólo por una vez que todo vuelva / a dar como si nunca diera tanto» (Rodríguez 2009: 25). Entretanto, a pesar de la bendición de la luz celestial que se manifiesta a menudo en su poesía, el poeta no oculta el temor ante un cuerpo que puede perder el juicio en un momento dado y avanzar sin rumbo. Se trata del hecho de que llegará un día en que el cuerpo no pueda resistir la permanente repetición y circularidad de la vida. Por ello, en el poema titulado «Viento de primavera» nos advierte lo siguiente:

[...] Y nos aligera
la vida, y un destello generoso
vibra por nuestras calles. Pero sigue
turbia nuestra retina y la saliva
seca, y los pies van a la desbandada,
como siempre. [...] (Rodríguez 2009: 160)

En nuestro territorio, por nuestras calles, se canta el poema con un aire de milagro, insinuando que la salvación está a nuestro alcance, en forma de «destello generoso» que continúa alumbrando el lugar natural e íntimo.

Hablando del estado sagrado que caracteriza su poesía, hay que subrayar, en palabras de Dionisio Cañas: «Claudio es un poeta de lo sagrado, no de lo religioso institucional; de la solidaridad con el hombre, no de la militancia partidista y sectora» (Cañas 1988: 51). Lo sagrado reside tanto en la bondad del espacio como en la buena voluntad del poeta de proteger el lugar. Sirviéndose de términos religiosos en su escritura, como el de salvación y redención, combina lo espiritual de la religiosidad y lo material del mundo. En este sentido, es el lugar el que le ofrece al poeta el impulso de cultivar una tierra llena de bendiciones. «Suena la sed del espacio» (Rodríguez 2009: 244) y, seguidamente, se va explorando la idea de que la respiración de la tierra y de su propio cuerpo al vagar configuran el permanente anhelo por ese lugar simbólico en el que la redención tiene lugar.

Ahora bien, desde el punto de vista de la sacralización, ¿de qué manera se salva el poeta a sí mismo, al tiempo que protege la espiritualidad local y la verdad reflejada en la tierra utópica? El esfuerzo por despertar en los lectores esta conciencia de una tierra espiritualizada nos daría la clave para descifrar los versos del poeta. El árbol espiritual de la localidad, en efecto, va creciendo al tiempo que el agricultor dedica toda su energía a labrar el terreno. El sujeto poético se salva por haber pisado los surcos con la frente sudorosa, en busca de la verdad. El siguiente poema lo muestra con acierto:

Ritual arador en plena madre
Y en pleno crucifijo de los campos,
¿tú sabías?: llegó como en agosto
los fermentos del alba, llegó dando



desalteradamente y con qué ciencia
de la entrega, con qué verdad de arado. (Rodríguez 2009: 25)

En esta estrofa se emplean dos palabras religiosas: «ritual» y «crucifijo». La realización de faenas cotidianas y rutinarias está impregnada de sacralidad. Por lo tanto, se afirma: «El primer surco de hoy será mi cuerpo» (Rodríguez 2009: 33). Del cuerpo se sirve para enriquecer el paisaje reflexivo actual que viene a aquejar al hombre. Muy consciente de que los seres humanos estamos degradando el entorno rural, la voz poética sabe que lo único que podría contribuir a frenar esta degradación es dar voz a la fuerza primitiva de la corografía.

El espíritu protector del poeta hacia el patrimonio local parece involucrar tanto una conciencia moral como una «praxis de la fidelidad al lugar» (Rodríguez de la Flor 83). La primera se debe a unos ruidos que suenan ininterrumpidamente en sus oídos, como el ruido del río Duero. La segunda proviene del hecho de que el poeta habita en esta tierra que va transformándose en silencio. «Al ruido del Duero», uno de los poemas más estudiados por sus críticos, evoca el deseo de alejamiento, que Claudio Rodríguez confiesa, aunque también sea una suerte de confesión en nombre de aquellos viajeros que partieron por razones personales. Quizá los paisajes en torno a la comarca les sean tan familiares que ya no poseen nada de particular para ellos. He aquí los primeros versos del poema en los que no pasa desapercibido el murmullo del río por todas partes:

Y como yo veía
que era tan popular entre las calles
pasé el puente y, adiós, dejé atrás todo.
Pero hasta aquí me llega, quitádmelo, estoy siempre
oyendo el ruido aquel y subo y subo,
ando de pueblo en pueblo, pongo el oído (Rodríguez 2009: 82)

Joaquín González Muela opina que el epíteto de «popular» con el que se califica al Duero podría hallar otro sinónimo más concreto, como el de «populachero» (González Muela 70). Con todo, recordemos la vertiente más significativa de su poética, la filosofía de la acogida, que no se expresa en términos tan negativos como este a la hora de despedirse de su pueblo. El ruido es popular por la cotidianidad y rutina en la que viven los habitantes de la localidad. Así, se representa una normalidad vital en la que uno procura buscar algo peculiar. A lo largo del recorrido, el ruido del Duero sigue sus pasos, al tiempo que hace su aparición el ruido de la conciencia moral y finalmente, se advierte a sí mismo que no se puede rechazar esta llamada que sale desde dentro de su alma: «Oíd cómo hemos tenido día tras día / tanta pureza al lado nuestro, en casa, / y hemos seguido sordos» (Rodríguez 2009: 83). Al regresar, toma conciencia del valor de la vida rural, despertándose en él la conciencia moral, que «consiste en estar abierto al impulso de la naturaleza y estar en sintonía con ella a través de uno mismo» (Sorel 122). Gracias al impulso de la naturaleza, insiste en ser fiel a su río Duradero.

Pese a la voluntad sagrada que lo lleva a mostrar el «buen lugar» provincialismo, el poeta defiende lo primigenio desde la visión de la antropología cultural, sin

por ello arremeter contra las nuevas construcciones de cementos, ni siquiera se enfada por la degradación medioambiental. En este sentido, conviene aplicar a nuestra tesis la interpretación de la «realidad ética», resaltada por los estudiosos de las culturas somatológicas actuales, tras haber mencionado anteriormente la conciencia moral involucrada en la creatividad lírica de Claudio Rodríguez. Sería más convincente dotar al espíritu protector claudiano de una corporalidad viva y sensible, cuya denominación reconocida es *Leib*. A esta, que obviamente contradice la de *Körper*, dimensión del cuerpo anatómico, se recurre en antropología para indicar el frenético culto al cuerpo que está en boga en el desarrollo tecnológico y moderno. No se niega el hecho de que seamos cada día más ignorantes del valor ético del cuerpo vivo, que es uno de los medios más eficaces para mostrar el afecto hacia los varios *topos*. Disponiendo del conocimiento de la realidad ética, uno se acerca a las realidades de los demás, de ahí la «actitud socorrente» (Zubiri 235) con la que se establece contacto cognitivo con la tierra.

Sin lugar a dudas, el poeta pretende cumplir la misión intelectual de proteger el patrimonio humano a su propia manera tras haber descubierto la ternura y la vulnerabilidad de lo auténtico. ¿Cómo se toma la medida para conservar nuestra herencia histórica? En comparación con el «efecto patrimonio» (Lipovetsky 80) de la actualidad, el de multiplicar los espectáculos y entretenimientos, como por ejemplo, museos, lugares de monumentos categorizados, el recurso del que se sirve Claudio Rodríguez es el recuerdo nostálgico de la infancia. Detengámonos en la lectura de una parte del poema titulado «Oda a la niñez»:

Una verdad se ha dicho sin herida,
sin el negocio sucio
de las lágrimas,
con la misma ternura con que se da la nieve.
Ved todo es infancia.
La fidelidad de la tierra,
La presencia del cielo insoportable
que se nos cuela aquí [...] (Rodríguez 2009: 209-210)

El patrimonio de la localidad provinciana se ve recogido mediante una vuelta a la inocencia de la niñez. Tal vez a esto se añade la «protección emocional asociada a la maternidad» (LaFollette Miller 345). El patrimonio local no ostenta sus posesiones, ya que lo realmente monumental es intangible, de ahí que el poeta se formule la siguiente pregunta:

[...] ¿Qué este mercado
por donde paso ahora,
los cuarteles, las fábricas, las nubes,
la vida, el aire, todo,
sin la borrasca de nuestra niñez
que alza ola para siempre? (Rodríguez 2009: 208-209)

La fidelidad a la tierra le permite al poeta recobrar un pedazo del terreno de la añoranza, a la vez que indica la «levedad» simbolizada por la tierra y el cuerpo,



que se van perdiendo paulatinamente. Digamos que el espíritu protector se evidencia a la sombra de un canto corpóreo, como si fuese un espejo brillante en el que se revelan los claroscuros de los valores humanos a la hora de convivir en nuestros lugares existenciales.

CONCLUSIÓN

En el fondo de nuestro espacio glocal, los lugares provincianos, zonas rurales y hogares campesinos son clasificados como sitios utilizables con fines lucrativos, por lo que el poder urbano pretende asimilarlos para crear un espacio uniforme. Este fenómeno se corresponde con lo que señala Clifford Geertz: «Como la nostalgia, la diversidad ya no es lo que era» (Geertz 81). El urbanismo dirige el proceso de expansión para aniquilar al enemigo de la otredad cultural, que puede obstaculizar el desarrollo posmoderno. Por esta razón, la cuestión más controvertida es la pérdida del «lugar propio» que trae consigo una constante extensión de los no-lugares. En última instancia, paradójicamente, los habitantes no gozan de un hábitat propio, sino que pueblan un espacio ensimismado y solitario.

El provincianismo de Claudio Rodríguez, aparte de conceptualizar un mapa topográfico simbolizado por su propio cuerpo, dinámico e impetuoso, responde fundamentalmente al ser encarnado en la poesía. La ciudad de Zamora, que siempre aparece distinta bajo sus pies, se identifica con todos los lugares provincianos rebosantes de cultura antigua y de historia pasada. El poeta no deja de buscar más allá, un lugar más vivo y remoto. En Zamora, ciudad sin años, tierra de cumbres, se diluyen tanto el alma como el cuerpo del caminante poeta. Merced al movimiento corporal, lo material, por muy pesado que sea, finalmente revela lo trascendente y lo sublime a su conocimiento. Entre las piedras y los muros, los monumentos espirituales estarán siempre para recordar a los seres vivos que no vivan con el pasado muerto.

La poesía de Claudio Rodríguez dispone de una altura desde la que nos volvemos cada vez más humildes e indulgentes. Sus cantos corpóreos, destinados a proteger el provincianismo, no constatan el desequilibrio del medio ambiente ni la apoteosis de la naturaleza. En realidad, intenta dejar constancia de sus vivencias inextricablemente unidas a la conciencia ética y moral, al mismo tiempo que nos hace una pregunta significativa: ¿Dónde está el lugar en el que cuaja nuestra identidad y en el que nos damos cuenta de nuestra insignificancia e impotencia? Tal vez aún no hayamos encontrado la respuesta.

RECIBIDO: mayo de 2012. ACEPTADO: julio de 2012.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDDT, Hannah (1993): *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- AUGÉ, Marc (2000): *Los no-lugares. Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- BASTONS, Miquel (1994): «Vivir y habitar en la ciudad». *Anuario filosófico* 27.2: 541-556.
- CANTARERO ABAD, Luis (2007): «Realidad y deseo: La utopía y el sentido de la historia». *Studium. Revista de humanidades* 13: 109-122.
- CAÑAS, Dionisio (1984): *Poesía y percepción*. Madrid: Hiperión.
- (1988): *Claudio Rodríguez*. Madrid: Júcar.
- CARPIO, Alberto (2011): «Ciudad de meseta: alianza en campo abierto». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 3: 94-103.
- GEERTZ, Clifford (1996): *Los usos de la diversidad*. Barcelona: Paidós.
- GONZÁLEZ MUELA, Joaquín (1973): *La nueva poesía española*. Madrid: Alcalá.
- HEIDEGGER, Martín (1992): «Construir, habitar, pensar», en *Chillida, Heidegger, Husserl. El concepto de espacio en la filosofía y la plástica del siglo XX*, Universidad del País Vasco: EHU.
- JULIÁ, Ester (2011): «Utopía de luz proyectada. Proyección de la obra poética de Claudio Rodríguez en otros lugares». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 3: 118-129.
- LAFOLLETTE MILLER, Martha (2008): «Childhood, Gender, and Religion in the Poetry of Claudio Rodríguez: A Dialogic Response to Francoist Discourse». *Hispania* 91.2: 342-351.
- LEFÉVRE, Henri (1978): *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- LIPOVETSKY, Gilles (1993): «Cultura de la conservación y sociedad posmoderna». *La cultura de la conservación*, Madrid: Fundación Banesto, 77-95.
- LUZÁN, Ignacio de (1977): *La poética*. Ed. Russell P. Sebold, Barcelona: Labor.
- MARINAS, Miguel (2011): «La civilidad del poeta». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 3: 28-45.
- MORO, Tomás (1979): *Utopía*. Barcelona: Imprenta Juvenil.
- NÚÑEZ, Antonio (1966): «Encuentro con Claudio Rodríguez». *Ínsula* 234: 4.
- PARDO, José Luis (2011): «Como una bombilla temblorosa». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 2: 62-71.
- PEIPER, Josef (2006): *Una teoría de la fiesta*. Madrid: Rialp.
- PRIETO DE PAULA, Ángel Luis (1989): *La llama y la ceniza*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

- RAMÍREZ, Mario (1994): *El quiasmo*. México: Universidad de San Nicolás del Hidalgo.
- ROBERTSON, Roland (2003): «Globalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad», en Juan Carlos MONEDERO (coord.). *Cansancio de Leviatán: problemas políticos de la mundialización*. Madrid: Trotta, 261-284.
- RODRÍGUEZ, Claudio (1963): «Unas notas sobre poesía», en Francisco RIBES (ed.). *Poesía última*. Madrid: Taurus.
- (1990): «A manera de un comentario». *Desde mis poemas*. Madrid: Cátedra.
- (2009): *Poesía completa*. Barcelona: Tusquets, 2009.
- (2011): «Documentales. Zamora, ciudad sin años (1960) y Zamora, tierras de cumbre (1961)». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 3: 87-90.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando (2009): «Glocal, Claudio Rodríguez y la poética de la provincia». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 2: 82-113.
- SENNET, Richard (1997): *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- SOREL, Andrés (2009): «Caminando en silencio y buscando sus palabras». *República de las letras* 112: 75-90.
- SEVILLANO MONTAÑA, Alberto (2011): «Miguel Hernández y Claudio Rodríguez: poesía y utopía». *Aventura. Revista anual del Seminario Claudio Rodríguez* 3: 144-161.
- UNAMUNO, Miguel de (1964): *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- VERDESIO, Gustavo (1996): «Memoria colectiva y ciudad letrada en *Recuerdos de provincia*». *Revista de estudios hispánicos* 30.3: 375-392.
- ZAMBRANO, María (1982): *España, sueño y verdad*. Barcelona: Edhasa.
- ZUBIRI, Xavier (1986): *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza.

